

se aparta de dicha línea durante la Primera Guerra Mundial), 'que posteriormente formó parte de la CEDA en marzo de 1933.

Inspirado en la experiencia americana de Adolph Zukor, uno de los primeros pasos de Cifesa fue la creación de un «sistema de estrellas», política con la que logró reclutar a algunos de los famosos nombres del cine español de la época. Cifesa creó estrellas de la dimensión de Imperio Argentina (años más tarde descubriría a Sarita Montiel, en uno de los concursos de belleza que convocaba para encontrar nuevos rostros), manteniéndolos con carácter exclusivo. Otra de las características de la empresa fue la aspiración a conquistar los mercados extranjeros para sus productos. Lógicamente, su mirada estaba puesta en Iberoamérica y como resultado de esta iniciativa, abrió sucursales en Buenos Aires y La Habana, a las que siguieron delegaciones en otras capitales americanas. Aunque, como apunta Fanés: «...parece que los esfuerzos iban por buen camino...», la ruptura que produce la Guerra Civil trunca las aspiraciones de la productora y hoy resulta difícil evaluar los resultados obtenidos.

Finalizada la Guerra Civil (durante la cual se transforman tres Cifesa: Valencia, Madrid y Sevilla), emerge como la más relevante empresa cinematográfica española y alcanza su esplendor entre 1942-1945, al influjo de las restricciones provocadas por la guerra y el apoyo estatal a la industria cinematográfica. En 1945 se produce la primera crisis de Cifesa, presionada y boicoteada por la Motion Pictures Association, acusada de simpatía por el nazismo. Este hecho permite a Fanés penetrar en las difíciles relaciones de Vicente Casanova con la cúpula dirigente del Estado. El acopio documental del autor le lleva a desechar la extendida tesis que otorgaba a Cifesa un carácter paraestatal durante los años cuarenta. Queda claro que, a pesar de la buena voluntad y los mejores esfuerzos del directivo de Cifesa por atraerse las simpatías del Gobierno (y en particular las del almirante Carrero Blanco), en aquella crisis (y en las sucesivas), la empresa no contó con el apoyo del poder político.

Dentro del ciclo de films históricos que produce Cifesa a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta («La princesa de los Ursinos», «Locura de amor», «Agustina de Aragón», «La leona de Castilla», «Lola la piconera») destaca, por las complicaciones económicas y administrativas que trae aparejadas a la empresa «Alba de América» —respuesta española a «Christopher Columbus» del inglés David Mc Donald, considerada ofensiva por el Gobierno de Franco—, que se realizó a partir de una convocatoria del Instituto de Cultura Hispánica de abril de 1950.

Estos films son una clara expresión del intento de Cifesa por ganar el favor del régimen. Eran, además, la cristalización de una actitud generalizada en el cine español de los cuarenta: «El trabajar, no tanto para la conquista de un público como para satisfacer a unas juntas de clasificación que otorgaban los permisos de importación». Actitud rechazada en principio por Cifesa, aunque terminó aceptándola a causa de la presión económica. Este rasgo de las producciones cinematográficas agudizaba el raquitismo del cine español (ya gravemente dañado por la censura) y facilitaba la arrolladora presencia del cine norteamericano.

Los cincuenta marcaron el comienzo de un progresivo declive de la productora: fracasa en los intentos de relanzamiento mediante la producción indirecta —que deriva en «copias degradadas de los films del período de esplendor de Cifesa»— y la

personalidad reflejaría de qué manera esta sociedad, en su conjunto, había interiorizado el rechazo a la guerra, el trauma de la guerra..., en términos morales y psíquicos.

En el análisis de los films militar-patrióticos de los años 42-45, como «Harka» y «A mí la legión», Fanés apunta que «se insistía en disociar la vida militar de la vida burguesa» y se planteaba una «exaltación de la homosexualidad». Por otra parte, el autor advierte que las protagonistas femeninas del «ciclo histórico» traslucen una sublimación de la idea de la Patria.

El análisis de las motivaciones sociales y las pautas culturales marcadas por Cifesa refleja no sólo las presiones del Estado, sino también las contradicciones de la sociedad española de la posguerra. Sueños y fábulas, ausencias y mutilaciones, aspiraciones y frustraciones, drama y comedia, son protagonistas del pasado y, se expresen en la frágil transparencia del cine o en la inaprensible dimensión de la memoria, forman parte de la historia como el más sólido de los documentos escritos.—ALBERTO GARCÍA FERRER (*Ocaña*, 209. 28024 MADRID).

Autores españoles del siglo XVIII *

No hace falta reiterar el interés y la atención que especialistas españoles y extranjeros han prestado a nuestro siglo XVIII en los últimos años; prueba de ello son, entre otras cosas, los logros conseguidos por la Universidad de Oviedo que, a partir de los años cincuenta, ha dado impulso a los estudios sobre la Ilustración, creando la *Cátedra Feijoo* y posteriormente el *Seminario de Investigación* y el *Centro de Estudios del siglo XVIII*.

Faltaba, o mejor dicho, era imprescindible a los estudiosos de este siglo un inventario bibliográfico tan exhaustivo como el que está llevando a cabo Francisco Aguilar Piñal. En este campo ya nos había ofrecido meritorios trabajos de gran utilidad, que no voy a enumerar porque han sido objeto de comentario y elogio por parte de otros especialistas; en este sentido, remito al lector interesado a la reseña que Pedro Alvarez de Miranda hizo al primer volumen de esta *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII*, que esta misma revista publicó en mayo de 1982, núm. 383.

El volumen al que ahora dedicamos estas notas es el segundo, y corresponde a los autores cuyos primeros apellidos empiezan por C y CH. Solamente de la letra C hay novecientos catorce, hallándose, entre estos, autores tan conocidos como Cadalso, Cerdá y Rico, Cañizares, Ramón de la Cruz, Cabarrús, Capmany, Comella, etc. Pero son muchos más los desconocidos e ignorados.

Después de ver detenidamente las páginas de esta obra, lo más interesante para

* FRANCISCO AGUILAR PIÑAL: *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII*. Tomo II, C-CH. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Miguel de Cervantes», Madrid, 1983, 838 págs.

cualquier investigador del siglo XVIII es la cantidad de autores —casi doscientos— que están aún sin estudiar y cuyas obras además siguen manuscritas, siendo los más destacados por su número de manuscritos inéditos el jesuita Luis Castro, no citado por el padre Uriarte en su *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús*, Juan de Dios Crespo, Cortés del Valle y Castillo, Esteban Chaix, Castro Palacios, José Cornejo y Granado, Jaime Capo, Luis Curiel y otros.

También son dignos de señalar los novecientos autores que, a pesar de tener parte de sus obras impresas, siguen sin ser estudiados; citaré sólo el ejemplo del cómico y entremesista Francisco de Castro, con setenta y siete obras manuscritas, de las que sólo dieciséis están impresas, aparte de otros seis volúmenes de contenido misceláneo.

Ante este panorama, llama la atención la impresionante cantidad de comedias, sainetes, dramas, entremeses y tragedias registrados en este volumen, para cuya localización nos es de gran utilidad el índice de obras teatrales que Aguilar confecciona (junto con los también utilísimos índices de materias, onomástico, topográfico y de impresos); con este índice de obras teatrales, al final conseguiremos —como señala el autor en el prólogo del primer volumen— «un censo completo del repertorio teatral creado por los hombres del setecientos». En este terreno, a pesar de los trabajos realizados, queda aún mucho por hacer, y no estará completa la historia de teatro español del siglo XVIII hasta no tener recogido este censo.

En otro orden de cosas, destacan los compendios, discursos, disertaciones y sobre todo las numerosas oraciones fúnebres, panegíricos y sermones; este material es obra de religiosos en su mayoría, sobre todo, de jesuitas, franciscanos, dominicos, carmelitas y agustinos. Si nos atenemos al número de obras recogidas hasta ahora en los dos volúmenes, la producción fundamental del siglo XVIII se centra en el teatro y en las obras de contenido religioso.

Hay, además, obras que aportan conocimientos sobre medicina, matemáticas, ciencias naturales, comercio y economía, física y química, geografía, astronomía, derecho, educación y enseñanza, ejército y guerra, agricultura... y en fin, suficientes materias como para llegar a tener un completo conocimiento de este siglo; así lo señala el autor en el prólogo: «El posible lector de esta obra de consulta ha de saber que en sus páginas encontrará toda clase de materias, no sólo obras literarias. Será, por tanto, de utilidad para profesores y críticos de literatura, pero también para historiadores, economistas, médicos, juristas, teólogos, militares y, en general, para cuantos se interesan por la historia cultural, científica y económica del siglo XVIII español».

Dentro de este proyecto de inventario general, Aguilar Piñal no olvida el importantísimo capítulo de las traducciones, que arroja un balance favorable a las del francés, italiano y latín sobre las de otras lenguas.

A pesar de las indudables dificultades que lleva consigo este tipo de investigación, es elogiable y meritorio el que Aguilar nos proporcione el contenido de los preliminares de las obras impresas, detallando las censuras, expedientes de impresión, aprobaciones, dedicatorias, elogios, etc. Facilita asimismo la signatura que estas obras tienen en las distintas bibliotecas donde las ha localizado. Esto es muy de agradecer porque a la hora de emprender cualquier trabajo de investigación ahorra tiempo y esfuerzo.

Es indudable que esta *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII* supera a los repertorios ya existentes, sin negarles a éstos su utilidad; en tal sentido he podido comprobar que en este volumen hay casi setecientas obras que no son citadas por Palau en su *Manual del librero hispanoamericano*, y más de un centenar que tampoco cita Herrero Salgado en su *Aportación bibliográfica a la Oratoria Sagrada Española*.

Además, la importancia de este repertorio radica no sólo en poder tener a mano lo manuscrito e impreso de las obras de cada autor, sino también los estudios realizados sobre ellos desde el siglo pasado hasta los más recientes trabajos. En este sentido supone un paso adelante y, por tanto, viene a llenar los huecos que faltaban en los manuales al uso sobre el siglo XVIII, concretamente el *Manual de Bibliografía de la Literatura Española* de José Simón Díaz, sin duda, realizado con un propósito distinto, sin intención exhaustiva y la *Bibliografía fundamental de la Literatura Española. Siglo XVIII* del propio Francisco Aguilar. A título de ejemplo, sobre autores como Ramón Campos, Canga Argüelles y Cerdá y Rico recoge hasta los estudios del año 1980; hay un solo trabajo sobre Climent, de 1981; y, por último, de 1982 todo lo aparecido sobre Cadalso, Ramón de la Cruz y Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, hermano del anterior. Aparte de ello, llamaré la atención sobre la cantidad de material que recoge de algunos autores; solamente el que aporta de Ramón de la Cruz, con 96 páginas, es ya por sí mismo un trabajo encomiable de investigación: recoge novecientas nueve piezas manuscritas, de las que Cotarelo desconoce cinco y no cita veintiuna; además, se reseñan las piezas de dudosa atribución. Del dramaturgo Luciano Comella recoge doscientas dieciocho obras manuscritas y ciento setenta y cinco impresas, cincuenta de las últimas no citadas por Palau. De Cañizares, ciento treinta y dos piezas manuscritas y ciento cuarenta y ocho comedias sueltas impresas, noventa y siete de éstas ómitidas asimismo por Palau.

Sin detenernos en pormenorizar más detalles, queda suficientemente demostrado el valor científico y documental de la obra. Como dice el propio autor «es en realidad un diccionario bibliográfico de autores que escriben en español»; con la ventaja de que no envejece, pues si todos los volúmenes llevan adiciones a lo anterior, como ha hecho en este segundo, siempre estará al día esta *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII*, y se podrá subsanar así cualquier omisión. Ya en el capítulo de gratitudes, el autor agradece cualquier información que pueda enriquecer esta obra, pues son muchos los impresos y manuscritos no localizados.

Seguramente para el próximo volumen, ya tendrá Francisco Aguilar nuevas fichas bibliográficas surgidas del centenario de Cadalso para adicionarlas, al no haberlas podido incluir aquí por imperiosas razones de tiempo; es indudable que el volumen ya estaba en prensa cuando se iniciaron las publicaciones del referido centenario.

Si felizmente este proyecto llega a su término, como deseamos, tendremos un panorama completo de toda la cultura del setecientos que permita estudiar lo mucho que aún falta y recuperar de una vez por todas nuestro siglo XVIII. Una labor como la de Aguilar Piñal nunca se agradece bastante, por su utilidad permanente y en muchísimos aspectos definitiva.—M.^a DOLORES TORTOSA LINDE (*Cuesta del Progreso*, 9-3.º, GRANADA).